La quinta parte, dedicada a las relaciones entre fenomenología y filosofía cristiana, contiene también trabajos especialmente significativos como, por ejemplo, el de Mette Lebech, reconocida conocedora del pensamiento steiniano, en el que aborda la contribución de Stein a la fundación fenomenológica de la ciencia de las humanidades, y el de Anneliese Meiss, fundadora del Centro de Estudios Interdisciplinarios en Edith Stein, de la Pontificia Universidad Católica de Chile. La contribución de Meiss se ocupa del concepto de «certeza simple del ser» *(einfache Seinsgewissheit)*.

La sexta parte se orienta a la relación entre sociedad y política en el pensamiento de Stein y en ella se abordan cuestiones como la idea de justicia, las investigaciones steinianas sobre la esencia de la comunidad y la relación entre persona y estado. La séptima parte, dedicada a la teología y espiritualidad de la pensadora germana, contiene artículos como el de A. Ales Bello sobre los *praeambula fidei* y la filosofía cristiana en Stein, las relaciones entre sacrificio y amistad, el camino pedagógico de Stein como filósofa, cristiana y carmelita, los análisis de nuestra autora sobre la teología de san Juan de la Cruz, etc. Por último, una breve sección titulada «Experiencias con Edith Stein» se ocupa de cuestiones tan «novedosas» como, por ejemplo, la contribución de Stein a la comprensión del alma por las prácticas terapéuticas postmodernas.

En definitiva, nos encontramos con una obra «monumental» que reúne contribuciones de filósofos, teólogos, sociólogos, etc. de procedencias muy distintas y que abordan temáticas muy diferentes. No creo exagerado decir que estamos ante una obra de referencia obligada para todo aquel que quiera adentrarse en la vida y en el pensamiento de una mujer extraordinaria como fue Edith Stein.

Mariano CRESPO

Brian E. DALEY, *Cristo, el Dios visible. Retorno a la cristología de la edad patrística*, Salamanca: Sígueme («Verdad e Imagen», 214), 2020, 381 pp., 15 x 23, ISBN 978-84-301-2057-4.

B. Daley, profesor de la Universidad de Notre Dame y reconocido con el premio Ratzinger en el año 2012, ha dedicado buena parte de su vida al estudio de la gran tradición cristológica de la Antigüedad. Aconsejado por Aloys

Grillmeier, realizó su tesis doctoral en Oxford sobre Leoncio de Bizancio, esto es, sobre la recepción de Calcedonia en el siglo VI; y a partir de ahí el interés por la cristología patrística y la doctrina conciliar en torno al misterio de la encarnación ha sido una constante en su trabajo docente e investigador. Puede decirse, sin temor a exagerar, que *Cristo, el Dios visible* es una obra muy trabajada y pensada, pues está avalada por la consistencia que dan cuatro décadas dedicadas al estudio y a la investigación de estos temas.

God visible, en su título inglés, es un libro importante, publicado en un momento oportuno. Constituye una contribución a los estudios contemporáneos de cristología patrística en diálogo (no ausente de crítica, pero con gran reconocimiento) con la obra de Aloys Grillmeier, *Cristo en la tradición cristiana*, y con el propósito de dar una respuesta al interrogante que los estudios contemporáneos han levantado sobre Calcedonia.

Sobre la recepción de Calcedonia son célebres los tres volúmenes que A. Grillmeier promovió y editó junto a H. Bacht, *Das Konzil von Chalkedon: Geschichte und Gegenwart* (Würzburg: Echter, 1952, 1953, 1954) para conmemorar los mil quinientos años del Concilio de Calcedonia. La intención de esta obra colectiva era revitalizar la teología europea en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial y, a su vez, promover la colaboración ecuménica en el estudio del núcleo de la tradición doctrinal primitiva, es decir, del misterio de Jesucristo. Albergaban un propósito de fondo que consistía en revalorizar el sentido histórico-teológico del desarrollo del dogma, de modo que fuera posible entender las verdades reveladas como algo vivo, evitando los extremos del historicismo y de desarrollos teológicos abstractos. Entre otras cosas, se trataba de ahondar en la comprensión de la doctrina cristológica conciliar a partir de su indisoluble vínculo con la Escritura y el testimonio apostólico, así como con la recepción que de ambos realizaron los Padres de la Iglesia.

Los ecos de estos volúmenes conmemorativos fueron diversos. Por ejemplo, por un lado, ahí se halla el germen de la monumental obra ya mencionada de A. Grillmeier sobre la cristología de la época patrística, programada en seis tomos, de los que aún falta por publicar el último, dedicado a la cristología latina (en castellano, lamentablemente, está solo disponible el primero) y que constituye una contribución de referencia en la revitalización de los estudios patrísticos. Por otro lado, trabajos publicados en aquellos volúmenes como el conocido artículo de Karl Rhaner, *Chalkedon: Ende oder Anfang? (Calcedonia ¿fin o principio?)*, editado también bajo el título *Probleme der Christologie von heute (Problemas actuales de cristología)*, suscitaron una profunda revisión de

la doctrina de Calcedonia. De tales dimensiones fue la crítica a la cristología calcedonense que ha llegado a ser descrita como un «hecho teológico» y un «momento decisivo» de la investigación cristológica de nuestra época (cfr. SESBOÜÉ, B., *Les «trente glorieuses» de la christologie [1968-2000]*, Bruxelles 2012, 21-51). En efecto, en buena parte del panorama cristológico actual, aunque se presente de forma algo desdibujada, como difuminada con otros temas, la cuestión de la interpretación y recepción de Calcedonia continúa siendo objeto de discusión. A esta discusión se suma B. Daley con este libro que va en la línea de recuperar el gran contexto de la definición calcedonense, es decir, la larga conciencia cristológica que la precede y la intensa reflexión que suscitó posteriormente.

El propio autor en el epílogo del libro señala que su contribución busca comprender la definición de Calcedonia desde dentro de la tradición que dio lugar a las tempranas definiciones conciliares que comenzaron en Nicea. Una larga tradición continua y autoconsciente en la que la Iglesia va explicitando el marco en el que es posible interpretar auténticamente la Sagrada Escritura, la vida, la piedad y la adoración cristianas. La definición de Calcedonia, se puede decir con palabras del A., no es el principio de la cristología y tampoco es el final, pues necesita de Nicea y Éfeso para ser comprendida y apunta, en la ininterrumpida tradición de la fe, hacia Constantinopla II, Constantinopla III y Nicea II (cfr. p. 347).

El libro consta de diez capítulos bien distribuidos y equilibrados que dan al libro una estructura acabada. Después de un breve prefacio para situar al lector acerca del contexto de la publicación, abre el libro un primer capítulo, cuyo título resulta muy elocuente: «La cristología de Calcedonia: ni principio ni fin» (pp. 21-53). Se trata de un capítulo introductorio en el que se sintetiza el logro de Calcedonia y su compleja recepción, y se propone como clave hermenéutica de su definición la gran tradición patrística. B. Daley critica la obra de Grillmeier por la reducción que supone considerar la doctrina de Calcedonia como la consumación teleológica de la cristología patrística; pero se distancia radicalmente, como se ve en el mismo título, de la posición de K. Rahner, quien considera la fórmula calcedonense a la vez como «fin» y «principio» de la cristología. Para B. Daley es preciso custodiar «la imagen equilibrada y analítica de Jesús» que la Iglesia logró en Calcedonia, al tiempo que para ello es necesario recuperar tanto la entera tradición conciliar, como la riquísima tradición teológica, exegética, homilética y espiritual de la época patrística, que trasmite el vivo testimonio de la fe en Jesucristo, el Emmanuel,

el «Dios visible», en cuanto plenitud de la revelación de Dios sobre sí mismo y sobre nuestro destino (cfr. pp. 52-53).

En los capítulos siguientes el A. va desarrollando esa gran tradición cristológica, prestando especial cuidado a los autores o los aspectos que en la obra de Grillmeier aparecen como más complejos o desconcertantes, o menos alineados con la doctrina calcedonense. Así, aborda la temprana cristología del siglo II (pp. 55-99); las contribuciones de Ireneo y Orígenes (pp. 101-135), identificadas como una «cristología de la manifestación»; los extraordinarios desarrollos del siglo IV, a los que dedica dos capítulos: «La antigua controversia arriana: la cristología a la búsqueda de un mediador» (pp. 137-174) y «Apolinar, Gregorio Nacianceno y Gregorio de Nisa: hacia una cristología de la transformación» (pp. 175-203); y la cristología de Agustín de Hipona (pp. 205-233).

En todas estas páginas se pone de relieve que la historia de la cristología anterior a Calcedonia no se puede reducir a una lectura teleológica de los precedentes o de lo que va preparando el terreno a las grandes definiciones dogmáticas posteriores; sino que ha de ser una historia más *protológica*, si se puede decir así, que va al origen fundante de dicha historia, que es Cristo mismo entregado a la Iglesia; y que a partir de ahí va comprendiendo el modo en que los primeros cristianos han entendido, vivido y celebrado el misterio de Jesucristo. Es así como se percibe la gran tradición de la fe cristológica en la que se inserta la definición de Calcedonia.

Esta amplia perspectiva aparece también en los capítulos dedicados a los debates cristológicos en torno a Calcedonia, «Antioquía y Alejandría: la cristología como reflexión sobre la presencia de Dios en la historia» (pp. 235-264), y a su recepción, «Después de Calcedonia: una cristología de la relación» (pp. 265-302), así como en el capítulo dedicado a la crisis iconoclasta (pp. 303-343). El desarrollo de estos temas no se reduce a las conocidas disputas conceptuales o terminológicas, sino que subraya la gran paradoja del misterio de Cristo y su sentido salvador en cuanto constituyen elementos fundamentales para comprender la historia del dogma cristológico.

Cierra el libro el capítulo décimo, llamado «epílogo» en la versión castellana del libro, titulado «La cristología y los concilios» (pp. 345-362). En él se ofrece una síntesis de los rasgos esenciales de las declaraciones conciliares de la Antigüedad y una visión de conjunto de la gran tradición patrística en torno al misterio de Cristo. El lector encontrará en estas páginas un modo de hacer teología, teología histórica, que permite augurar desarrollos fructíferos.

A lo largo del libro son muy abundantes –y magníficamente escogidos– los textos de los Padres. En este sentido el libro sirve también como guía para adentrarse en la cristología de autores como Ireneo, Orígenes, Atanasio, Eusebio de Cesarea, los Capadocios o Agustín, etc. Es una pena que en la traducción de estos fragmentos no se hayan tenido más en cuenta los textos originales griegos o latinos o, al menos, las buenas traducciones españolas que ya están disponibles. Por otro lado, hubiera sido de gran ayuda que se indicasen a pie de página las traducciones españolas existentes de dichos pasajes.

Finalmente, se ha de señalar que el lector que conozca la versión original inglesa del libro seguramente se llevará una infeliz sorpresa al comprobar las perceptibles deficiencias de la traducción castellana. Nada más abrir el libro, en la primera página, llama la atención un subtítulo de la monografía («La fe de Calcedonia y la cristología patrística») distinto del subtítulo impreso sobre la portada del libro («Retorno a la cristología de la edad patrística») y que no se corresponde con el original («Patristic Christology Reconsidered»). Pero, además, no son infrecuentes algunas imprecisiones o errores en la traducción a lo largo del libro: textos en los que se pierden matices importantes de la versión original o en los que el sentido de lo que se dice queda modificado, o incluso referencias bibliográficas que en la traducción aparecen de modo incompleto (p. e., p. 43, nota 49). Resulta llamativo que cuando B. Daley describe la aportación de Calcedonia en el marco de la gran tradición conciliar diciendo que constituye una etapa que forma parte de un proceso mucho más amplio en el que se va *delimitando el rumbo* o *señalando el camino* de la cristología ortodoxa (p. 23 de la versión inglesa: «It is one stage in a much longer process of *staking out the course* for orthodox Christology»), el traductor la defina en la versión castellana como una etapa de un proceso «de *replanteamiento* del curso de la cristología ortodoxa» (p. 48). La mala fortuna de esta traducción, que trae a la memoria la epistemología de K. Rahner y oscurece sustancialmente el sentido de una afirmación tocante al argumento de fondo del libro sobre la hermenéutica de Calcedonia, es un ejemplo entre otros que podrían aducirse. Cabe esperar que estos pequeños detalles puedan revisarse en futuras ediciones. En todo caso, poseer esta importante monografía en castellano es un motivo de felicitación, al tiempo que, sin duda, quien pueda acceder al original inglés quedará especialmente recompensado con un texto claro y lleno de matices.

Esta monografía, cuyo sustrato inmediato fueron las *Martin D'Arcy Lectures* que el Autor impartió en Oxford (Campion Hall) en 2001, y sobre las que

ha trabajado, no solo revisando, completando y reescribiendo el texto, sino también añadiendo capítulos y apartados nuevos, constituye, en definitiva, una aportación llamada a dejar huella. De hecho, a los pocos meses de su publicación ya tuvo lugar un simposio en torno al libro que ha sido publicado en la revista *Pro ecclesia*, en un número monográfico (2019 [28/4]) con artículos firmados por A. Louth, K. Anatolios, J. Behr, A. Hofer, B. Dunkle y P. Gavrilyuk, además del propio B. Daley. La vuelta a la gran tradición cristológica aparece, así, como una luz que ofrece esperanzas de una nueva revitalización del quehacer teológico y patrístico.

Miguel Brugarolas

Bruno Ognibeni, *Stendi su di me il tuo mantello. Il matrimonio secondo l'Antico Testamento*, Assisi: Cittadella Editrice, 2021, 689 pp., 15 x 22, ISBN 978-88-308-1780-7.

El profesor Bruno Ognibeni publicó en 2007 un libro sobre «El matrimonio a la luz del Nuevo Testamento» (Lateran University Press, Roma) que viene ahora a completarse con este, sobre el matrimonio en el Antiguo Testamento, en un interesante recorrido que ha partido de lo Nuevo para, desde ahí, revisitar las raíces de lo Antiguo.

La estructura del nuevo libro del profesor Ognibeni podría considerarse plenamente «canónica» (él habla de «un plan expositivo de tipo literario, renunciando a un plano histórico [...] o sistemático»: 14). La exposición se articula en seis partes. Comenzando por los relatos del origen (pp. 27-103), se sigue con las «Costumbres y Leyes» (pp. 105-288), a continuación las «Palabras proféticas» (pp. 189-416), luego las «Palabras de Sabiduría» (pp. 417-505), a continuación los «Cantos» (Salmos y Cantar de los cantares) (pp. 507-551) y por último los «Relatos» (en particular, Rut, Ester y Tobías) (pp. 553-618). Se termina el libro con una «Conclusión general» (pp. 621-644) y un «Postfacio» del profesor Pierangelo Sequeri.

Como se ve, se trata de un recorrido literario sólido, que va del Pentateuco a los Profetas y la Sabiduría (según el esquema del canon hebreo) tratando aparte Salmos, Cantar de los cantares y algunos libros narrativos que a juicio del autor son más relevantes (los antes mencionados).